

Henríquez, K. y Pleyers, G. (Comps.). (2023). Chile en Movimientos. CLACSO

Daniela Jara Leiva ¹

Durante los últimos cuatro años la producción sociológica sobre Chile ha buscado dar cuenta del estallido social y del proceso constituyente en columnas de opinión, ensayos, artículos y libros. ¿Qué significó el 18 y 19 de octubre, qué explica la masividad que alcanzó el movimiento y cuál fue el resultado de la movilización social en el ámbito político, cultural económico e institucional? son algunas de las preguntas que la producción intelectual de los últimos años ha buscado responder. Una característica de este debate ha sido la dificultad que han tenido las ciencias sociales de interpretar y anticipar los acontecimientos, en otras palabras, el desajuste entre expectativas, marcos analíticos y realidad. Precisamente es esta irrepresentabilidad del movimiento uno de los atributos que se hace precisamente evidente en el libro: *Chile en Movimientos*, editado por y Karla Henríquez y Geoffrey Pleyers, publicado por CLACSO (2023).

El libro se compone de un prólogo (Kathya Araujo), una Introducción (Karla Henríquez y Geoffrey Pleyers) y 17 capítulos: estructurados en cinco áreas temáticas (Movimiento, política y cambio social; Los Pueblos indígenas en el Chile plurinacional, El despertar chileno como encuentro de las luchas, Vivir el activismo, y Un cambio profundo). Los libros compilados son un documento de la producción contemporánea porque dan cuenta de un problema central: la inevitable complejidad de lo social. En este libro hay capítulos que están escritos desde una escena de esperanza y otras desde un lugar de profunda desazón, dependiendo de cuándo fueron escritos: antes o después de los resultados del primer proceso constitucional del 2021. En este sentido el libro tiene algo de documento histórico que nos muestra la fluidez, fugacidad, intensidad afectiva e incertidumbre que han sido parte de la experiencia social estos últimos años y que también han sido parte de la producción sociológica. Algunos meses de distancia entre escrituras no suelen ser tan decisivos como lo fueron en este libro. Es precisamente esa escena telúrica que anuncia el libro *Chile en movimientos*, una escena fundante de lo que se está estudiando. El libro se pregunta dónde ocurren los movimientos, qué se mueve y cómo.

En rigor, la idea de un país en movimientos es prácticamente opuesta a la de estallido. El texto se distancia de una concepción estática y pone en cuestión el problema del tiempo y la temporalidad en los movimientos sociales. El título nos dice dos cosas: Octubre no fue un solo movimiento, sino varios movimientos simultáneos, lo que tendrá implicancias analíticas. No hay

¹ PhD de Goldsmiths College, University of London. Académica de la Escuela de Sociología de la Universidad de Valparaíso. Correo: daniela.jara@uv.cl.

un solo actor social, o un solo proyecto que de coherencia y unidad, salvo su forma de expresión (la protesta). En segundo lugar, el título sugiere que no tiene sentido pensar que los eventos de 2019 comenzaron y terminaron en algún momento puntual, ya sea con la pandemia o tras los resultados electorales del proceso constituyente. Precisamente los capítulos del libro, en conjunto, revertirán esta idea llevando el foco a campos y actores específicos y la producción de sus demandas (movimiento estudiantil, No +AFP, sindicatos, pueblos indígenas, etc.). Estas dos ideas iniciales sugeridas en la visualidad del título se reiteran a través de los capítulos: en cada uno se realiza una lectura de los discursos y prácticas silenciosas que están a la base y en la raíz de múltiples transformaciones o de al menos procesos de cambio social que confluyen en la movilización social del 2019. Esto, porque el conjunto de los capítulos sugiere que los eventos de octubre y noviembre responden a un tiempo largo, a un ciclo de movilizaciones que es previo, y que explica la dimensión articulada del estallido, o en otras palabras, cómo lo aparentemente impredecible e inorgánico pudo llegar a tener una cierta estructura, aunque fuese fugaz o inefable. Parece haber un acuerdo entre los distintos capítulos de que lo inédito y la intensidad de las protestas (su espectacularidad, de alguna manera) no debe distraernos del ciclo de movilizaciones y activismos que habían estado tomando formas desde antes en el Chile de las últimas décadas. Donde no hay un acuerdo, es en el balance y la proyección de este proceso.

A través de las distintas contribuciones, y en particular en la Introducción y en los capítulos elaborados por los editores (“Un estallido con las características de los movimientos del S.XXI” de Pleyers y “Los Movimientos transforman. El antes y después de un movimiento social” de Henríquez), se proponen dos premisas, que se desarrollan en varios de los capítulos, y una tercera que el libro deja sin resolver:

- i. Que los movimientos sociales no deben ser confundidos con sus efectos y su capacidad de institucionalización.
- ii. Que los estallidos sociales tienen un carácter global que no entra en contradicción con su propia historia social
- iii. Que los movimientos no son solo progresistas y no tienen una dirección definida.

i. Que los movimientos sociales no deben ser confundidos con sus efectos inmediatos y su capacidad de institucionalización.

En diversos capítulos se discute sobre la relación entre movimiento social y política institucional. El argumento es que la valoración del impacto de los movimientos sociales y su magnitud no deben ser reducidas o equiparadas a sus efectos o resultados inmediatos, en el corto plazo, o a su capacidad de institucionalizarlos en el mismo ciclo político. En el capítulo de Alexis Cortés, el autor ofrece un ejemplo muy específico: Gabriel Boric siendo dirigente estudiantil en 2010 y 2011, es quien recibe la banda presidencial después de Piñera en 2020. Observa el autor que para algunos con Piñera se había agotado el ciclo abierto por la movilización estudiantil, lo que no fue efectivo. En este sentido, una lectura reduccionista sobre el impacto de los movimientos de octubre impediría dar cuenta de su capacidad de transformación en el tiempo. Esta capacidad ha sido estudiada en la literatura sobre movimientos sociales y en algunos casos ha permitido abordar el problema de la temporalidad en los movimientos.. Un claro ejemplo es el trabajo de Susana Draper, sobre mayo del 68 en México, donde explora la historia de una derrota

política y la masacre de Tlatelolco, que sin embargo, fueron capaz de transformar el horizonte político, generando una matriz de nuevas prácticas utópicas y emancipadoras que persisten hasta el día de hoy (2018).

Para esta desestabilización del marco temporal en torno al 18 y 19 de octubre, el trabajo empírico del libro es enriquecedor. Diversos trabajos empíricos ofrecen una aproximación radiográfica y genealógica de aquellas prácticas y subjetividades que irrumpieron en la esfera pública en 2019, y que fueron percibidas como inéditas. No obstante, lo que demuestra la investigación es que se trató de un proceso sostenido de producción y gestación. Gantner y Zarzuri, llevan la atención algunas nuevas prácticas y culturas políticas que se desplegaron en la movilización de 2019 y que irrumpieron en la esfera pública, haciendo mención a prácticas generacionales como las tomas y ocupaciones. Los autores llevan la atención a procesos de gestación silenciosa en las culturas juveniles de los 90 y 2000, ofreciendo una perspectiva de continuidad y capacidad de transformación de los movimientos desde el punto de vista de sus ideas y repertorios. Otros varios de los capítulos indagan sobre las nuevas subjetividades que posibilitaron este proceso, o se detienen en la experiencia vivida de los movimientos y la capacidad de transformación subjetiva que tiene la acción colectiva, como por ejemplo los capítulos de Henríquez y Sandoval.

Esta capacidad de dar cuenta de distintas prácticas de resistencia y activismo en lo micro político logra explorar y expandir nuestra comprensión de cómo tantos actores lograron activarse al mismo tiempo. Las investigaciones empíricas tras el libro sugieren que el carácter de acontecimiento de octubre estuvo dado precisamente por la capacidad de articulación de diversas formas de activismos. Una idea sugerente es que una de las causas de esta articulación sería el trabajo social y político de ampliación del sentido de justicia, lo que permitiría la convergencia entre diversos grupos. (Julián-Vejar, 2023:137) Los distintos capítulos se centran en analizar cómo se gestaron estas diversas prácticas, procesos y colaboraciones, por ejemplo en el texto de Natalia Miranda sobre el movimiento No+ Afp y de Camila Varas y Fernando Pairicán y Juan Porma sobre movimientos indígenas, cuyos autores muestran e indagan cómo fue esto posible (caso diaguítas y mapuche respectivamente).

ii. La segunda premisa es que los estallidos sociales tienen un carácter global que no entra en contradicción con su propia historia social.

El libro articula enfoques diacrónicos y sincrónicos para dar cuenta de la complejidad de los eventos en cuestión y de un tipo de fenómeno social que ha tendido a expresarse en las sociedades contemporáneas a partir de la última década, sin que eso lo haga quedar desprovisto de su fuerza política o de su historicidad.

Para esto, el texto introductorio y los capítulos de Pleyers y Henríquez son iluminadores, ya que permiten poner en perspectiva la dimensión global del estallido (en complementariedad con la idea de movimiento). Sobre esta primera dimensión, es importante observar que el proceso de globalización de las últimas décadas generó lo que Saskia Sassen llamó hace algún tiempo como una activación de lo local (2007), idea que sigue siendo fructífera. Esto ha significado que la combinación de la implementación

y difusión de tecnologías de información, con sus dispositivos y nuevas formas de vinculación y producción identitaria han creado nuevas formas de subjetividad contemporánea, que tiene en el miedo, la seguridad y el estilo de vida uno de sus sellos. Paralelamente, la materialización de estructuras económicas capitalistas y políticas transnacionales a nivel local ha tenido importantes efectos en la vida cotidiana de las personas y en sus experiencias de autorrealización, precariedad y vulnerabilidad.

Estos movimientos globales comparten un tipo de emoción podríamos decir pública, o un código público, que es la indignación (Bringel, 2017). En diversos capítulos del libro se analiza una emoción social que tiene una paradoja: se quieren cambios pero se desconfían de sus modos de concreción. (esta expresión la tomo del capítulo de Cortés). Surge un nuevo ciudadano indignado, que tiene las redes sociales como arma, y escasas trayectorias políticas. Esta doble combinación conforma parte del escenario socio cultural donde suceden los estallidos, y es lo que el enfoque analítico del libro asienta en sus contribuciones para el caso chileno. Este enfoque da cuenta de cómo un proceso que sentimos y vivimos como profundamente nacional y local, es a la vez que un fenómeno global, que se ha replicado con ciertas características enumeradas por Pleyers: foco nacional, uso de redes, formas de organización distintas a las tradicionales (fluidas), dignidad como motor, una dimensión subjetiva, dimensiones artísticas y expresivas, interseccionalidad, y la tendencia a buscar innovaciones en la política institucional.

iii. Una tercera premisa y argumento es que los movimientos no son solo progresistas y no tienen un dirección definida.

Esta es una de las ideas más perturbadoras del texto, y que en este libro es menos explorada, pese a que está desarrollada en la introducción. Que los movimientos no tengan una dirección definida nos lleva a pensar en el espacio de conflictividad en que interactúan los movimientos sociales, y su capacidad de articular contramovimientos o movimientos conservadores. Esto significa extender una idea reiterada en varias secciones: la idea toureniana de que los movimientos sociales son productores de la sociedad, y que impulsan transformaciones culturales.

Pese a que es una idea que se plantea en el marco analítico del libro, los capítulos empíricos no la desarrollan, a excepción del capítulo de Karla Henríquez. En cambio, el problema del contramovimiento en el libro está desarrollado más bien desde el problema del fracaso. Esto lo demuestra la cita con que Sandoval cierra su capítulo: detrás de todo auge del fascismo, siempre hay una revolución fracasada. Y en esta formulación, los capítulos no tienen acuerdo: Entre quienes abordan las causas del fracaso está Lamadrid, quien propone que las demandas feministas fueron decodificadas por quienes tenían el privilegio de su simbolización, planteando como desafío la relación entre feminismo y mujeres populares. Para Julian-Vejar, la falta de representación sindical en la convención generó el desacople entre las demandas sociales y el primer proceso constituyente. Paradójicamente, señala el autor, el mundo sindical no encontraría una significativa representación en el espectro de convencionales elegidos/as para la definición de la nueva constitución, siendo un gran ausente en la toma de decisiones y de redacción de la propuesta constitucional.

Referencias

Bringel, Breno (2017): “Movimientos sociales y la nueva geopolítica de la indignación global”, pgs 29-36. En Bringel, Breno y Pleyers, Geoffrey: *Protesta e Indignación Global*. CLACSO.

Draper, Susana (2018) México 1968: experimentos de la libertad, constelaciones de la democracia. México: Siglo XXI.

Sassen, Saskia (2007): Una sociología de la globalización. En *Análisis Político* n° 61, Bogotá, septiembre-diciembre, 2007: págs. 3-27.

.

.